

esplendor, y le pediría que dirigiera mi pluma, moderara mi estilo y me concediera terminar esta historia con felicidad. No me atrevo á impugnar lo que los autores refieren de maravilloso sucedido antes y en la fundacion de Méjico; porque aunque sean cosas sin fundamento, forjadas por naciones supersticiosas, á la antigüedad se debe perdonar este defecto, como dice ¹ Tito Livio, hablando de Roma, porque todos los pueblos por máxima de política han tenido cuidado de mezclar en las historias de las fundaciones de sus ciudades muchas cosas divinas á las humanas, para hacerlas respetar como augustas y venerables. Me parece verosímil que los aztecas, nacion que fundó el reino de Méjico, se refugió en el lago en que está situada aquella ciudad, como en un baluarte, para defenderse de sus enemigos, y con el discurso de los años y bajo sus sabias leyes, habia llegado á tal opulencia, que arribando á ella los españoles no podian persuadirse á creer aun lo que veian con sus ojos.²

ESTA obra trata de la historia moderna de la ciudad de Méjico. En la del antiguo imperio de los mejicanos, aun en nuestros dias, se han encontrado varias plumas, pero hasta ahora (á lo menos que yo sepa) ninguno ha emprendido la historia desde la conquista de los españoles de aquella ciudad hasta nuestros tiempos. Desearia poder desempeñar tanto tan grave, que seguramente sea superior á mis medidas actuales, si el amor de la patria y las exhortaciones de los amigos no hubieran alzado en cobardia para no dejar sepultados en el olvido los hechos de la primera ciudad del Nuevo Mundo. El trabajo, á la verdad, es excesivo, debiendo recorrer el espacio de doscientos cincuenta y cinco años, mucho mas que desde aquellos tiempos Mejicanos es recomendable por su opulencia y tanto, que apenas pocas ciudades de Europa la excedian. De la historia eclesiástica de ella no habria sino en los puntos que tienen conexión con la civil. A un sugeto destretrado en de su patria como yo me hallo, faltan los monumentos de esta parte de la historia: si acaso los adquiriere, me dedicare á servir á mi nacion aun en esto. Traxo también el principio que contare los sucesos como los hallo en los monumentos que se conservan en los archivos de aquella ciudad, en los autores que entre los españoles son tenidos por eruditos. La libertad con que escribo es la de un historiadur que no sigue partido. Hago candor desde en mis lectores para que no desprecien lo que escribo en estos fundamentos. Y si como es de desear, se publicase, yo me hallo en el mundo.

¹ Tito Livio en el Prólogo.

² El origen de Méjico, sus progresos y grado de opulencia á que habia llegado esta ciudad cuando arribaron los españoles á Veracruz, está demostrado en las *Mañanas de la Alameda de Méjico*, que en dos tomos en cuarto acabo de publicar para instruccion de la juventud mejicana. Remito á mis lectores á dicha obra, donde encontrar quanto pueda hacer útil y agradable aquella, no menos que á esta, que es su continuacion.—L. B.

LIBRO PRIMERO.

SUMARIO.

1.º Situacion de Méjico y su opulencia.—2.º Llegan allí los españoles, y son recibidos de Mochtezuma como otros tantos dioses. Sospecha Cortés que este rey trata de matarlos, y lo prende: se suscita por esto un tumulto, que queriendo apaciguar Mochtezuma, es herido de una pedrada y muere. Se sustituyen otros reyes, y el último, Quauhtemoc, prende á Holguin.—3.º Los españoles toman la ciudad de Méjico.—4.º Quauhtemoc con la nobleza mejicana es llevado al palacio de Coyohuehuatzin; va Cortés allí con gran pompa, y procura saber dónde habian ocultado los tesoros.—5.º Manda Cortés salir de la ciudad á los mejicanos: hace nuevas pesquisas de los tesoros: da tormento á Quauhtemoc, que sufre con heruica paciencia.—6.º Cortés se esmera en honrar á Quauhtemoc: divide entre sus soldados y confederados los despojos de los mejicanos.—7.º Cortés se retira á Coyohuacan: elegidos los ministros de política, divide aquellas tierras entre sus soldados, lo que le acarrea el odio de muchos.—8.º Destruye los ídolos de los mejicanos, y con ellos la mayor parte de sus monumentos.—9.º De las entrañas del volcan de Popocatepell hace sacar azufre.—10.º Envia embajadores á Michoacan, de donde el hermano del rey va á felicitarlo.—11.º El rey de Michoacan con gran cortejo sube á Méjico.—12.º Manda Cortés reedificar á Méjico, y la divide entre los españoles y naturales.—13.º Se suspende la restauracion de Méjico por las nuevas que llegan de que Garay iba á poblar á Pánuco. Cortés con un buen ejército conquista aquella provincia.—14.º Obliga á los españoles á llevar á Méjico sus familias.—15.º Prohibe á los mejicanos los sacrificios, establece fundicion de cañones, y abre el camino del mar del Sur.—16.º El emperador Carlos V destina á Tapia por gobernador del reino de Méjico.—17.º El ayuntamiento envia á este sus procuradores, dándole parte de las razones por qué Cortés no obedecia.—18.º Carlos V hace á Cortés gobernador y capitán general.—19.º Concede privilegios á los soldados, y hace varias leyes.—20.º Concede á Méjico escudo de armas, y firma el decreto de no enajenarla de la corona de Castilla.—21.º Los soldados de Cortés se alborotan con los mandamientos del emperador: llega Garay á la costa, se le desbandan sus soldados, y se somete á Cortés.—22.º Se instituye en Méjico el tribunal de cuentas, y á los padres franciscanos da Cortés el palacio de las aves de Mochtezuma.—23.º Los oficiales reales hacen malos informes de Cortés.—24.º Determina este ir á castigar á Olid, que se le habia rebelado, á lo que se opone la ciudad; pero Cortés finge ir solamente á Gozacoalcos.—25.º Envia al emperador con Soto varios regalos, provee al gobierno durante su ausencia, y se lleva á Quauhtemoc.—26.º Sabidas por Cortés las turbulencias de Méjico, despacha á los dos oficiales reales que llevaba, y él parte para Irueras.

1. En un ameno y espacioso valle, en donde hacen remanso los manantiales que corren de las sierras de que Méjico está cercada, se forman muchos lagos: los dos mayores están situados en lo mas profundo, y sus orillas notablemente herloseaban mas de cincuenta ciudades; treinta leguas tenian de circunferencia, y estaban divididos por un dique, obra de gran solidez, que teniendo á trechos sus compuertas, descargaban las aguas del uno en el otro cuando la necesidad lo pedia. El mas alto era de agua dulce y abundante de peces de exquisito sabor: el bajo era salitroso, y por lo mismo mas útil á los mejicanos, porque en sus orillas purificaban la sal que dejaba la resaca, y de ella proveian á las provincias vecinas. En el medio

de este lago estaba Méjico fundada: su comunicacion con la tierra era por tres distintas calzadas; la una, de dos leguas hacia el Sur, la otra de una legua al Norte, y la tercera corria al Poniente: sus calles eran bien anchas, formadas á nivel, unas de agua, otras de tierra hechas á mano, y finalmente, las mas de agua y tierra para la comodidad de sus vecinos. De aqui nacia que en la ciudad habia muchas islas, y tanta multitud de grandes canoas, que testigos oculares aseguraron que al tiempo que llegaron allí los españoles, mas de cincuenta mil navegaban por aquellas lagunas, fuera de innumerables de menor porte que estaban formadas á fuerza de fuego de un solo tronco. La ciudad se dividia en dos cuarte-

les: el primero llamaban Tlaltelolco, que algunos interpretan *isla*: aquí habitaba el pueblo, y en él se hallaba la famosa plaza del mercado, que dió tanta materia á nuestros antiguos escritores. El otro, que era el principal, llamaban *Méjico*, ó por perpetuar el nombre de un antiguo caudillo *Mejilli*, ó *Huitzilopochtli*, Marte de los mejicanos, ó por la abundancia que en aquella tierra hay de la planta *mell*, ó pita, y la voz *ico*, que significa en medio. En esta parte estaban los edificios públicos, palacios reales y nobles, que componian la corte y tribunales; por esta razon la ciudad tomó el nombre de *Méjico* y dejó el antiguo de *Tenochtitlan*, que quiere decir *tunal sobre piedra*. Séame permitido añadir á esta descripción histórica, que Méjico tenía en su recinto ocho grandes templos tachonados de joyas y piedras preciosas, y mas de dos mil menores, que todos eran monumentos de la magnificencia de los mejicanos.

2. Llegados á esta ciudad los españoles, y recibidos de su rey Mochtezuma como otros tantos dioses, á poco tiempo, por sospechas que Hernán Cortés tuvo de que Quauhpopoca hacia la guerra á los españoles por orden de aquel rey (1), no solo lo prendió, sino que para atemorizarlo mas, le puso grillos. Este desacato, que hizo perder la paciencia á los mejicanos, puso á los españoles en gran peligro; porque de él se originó un gran tumulto, que dicen muchos autores creyeron los castellanos sosegar con obligar á Mochtezuma á que subiese á la azotea del palacio en que estaba preso, y desde allí arengase á sus vasallos á dejar las armas, que por su defensa habian empuñado. Pero como este razonamiento fuese tenido por indicio de cobardía, una pedrada que lo habia herido gravemente, le quitó la vida. Luego que los mejicanos supieron el desgraciado fin de su rey, conforme á sus leyes, eligieron por su señor á Cuiclahuatl, hermano del difunto, hombre de valor y acreditada experiencia, como lo probó en aquella noche que hubieron de Méjico los españoles y llamaron *triste*. Pero la suerte privó á los mejicanos de tan gran rey, que murió de viruelas, enfermedad desconocida hasta entonces de aquella nacion. Por muerte de este, los votos de los electores se acordaron en Quauhtemoc, sobrino de los reyes precedentes, y cuñado de Mochtezuma, hombre de espíritu y dotado de tal grandeza de ánimo, que aun sus enemigos lo estimaron. Este fué el que soportó los trabajos del largo sitio de Méjico, en el cual considerando sus generales que no se podía por mas tiempo defender la plaza, lo obligaron á salvarse en una canoa que fué apresada por Holguín, á quien Quauhtemoc conjuró que tratara con el respeto debido á la reina y damas que la acompañaban (2). Llevado Quauhtemoc á la presencia de Hernán Cortés, le habló en estos términos: "Habiendo cumplido con los deberes de rey, defendiendo á mi nacion, por voluntad de los dioses vengo cautivo á tu presencia;" y extendiendo la mano al puñal que Cortés traía á la cintura, le dice: "¡Ea, español! con este puñal pásame el corazón, y quitame la vida, que es ya inútil á mis pueblos."

5. Esta accion sucedió el 13 de agosto del año de 1521, y desde ella comenzó la historia de la ciudad de Méjico, por haber pasado entonces el imperio de aquel nuevo mundo á los españoles. Este día se ce-

(1) En el MS. inédito que tengo del P. Sahagún que no vió el autor, consta que Cortés arrestó á Mochtezuma desde el mismo día de su llegada: en las cartas de Cortés consta que con esta intencion se hallaba desde que desembarcó en Veracruz.

(2) Torquemada, Monarquía indiana, pág. 1, lib. 4, cap. 101.

lebra anualmente con un paseo á caballo en que marchan los tribunales y nobleza llevando con gran pompa á San Hipólito el pendon que sirvió á la conquista de la ciudad, que se conserva en las casas de cabildo. Es digno de notarse que en toda la carrera no se ven mejicanos, como lo aseguran hombres de verdad. ¡Tan profunda está en sus ánimos la herida que después de mas de dos siglos parecia ya curada! Luego que Cortés vió delante de sí al rey Quauhtemoc, procuró consolarlo y hacerle menos pesado su cautiverio, asegurándole que lo conservaria como rehenes, hasta que su soberano Carlos V, el mayor rey que habia en la Europa, dispusiera de su suerte, que desde luego seria que se le volviera su libertad, y se le restituyera su reino, que con tanta gloria habia defendido. Creo que Quauhtemoc recibiría estas expresiones como puro cumplimento de aquel general; entre tanto, le pidió hiciera cesar las hostilidades Cortés en cambio, y que mandara á los suyos rendir las armas. Mutuamente convinieron en estas demandas, y se dieron las órdenes.

4. (1) Aquella noche llevaron á los bergantines que andaban en Acachinanco á Quauhtemoc, y á los reyes de Tetzoco y Tlacopan, con los demás prisioneros de cuenta, de donde al día siguiente todos fueron conducidos al espacioso palacio de *Coyohuehuatl*, en el barrio de Amaxac (2), en compañía de Cortés y de sus soldados. Subidos todos á las azoteas, que estaban entoldadas y colgadas de vistosos tapices, en lo mas desembarazado ocupó Cortés un solio ya dispuesto, haciendo tomar asiento á su derecha á Quauhtemoc, á su izquierda á los otros reyes y caciques, y por medio de su fiel intérprete Marina abrió el congreso pidiendo á aquellos señores que restituyeran á los españoles todas las alhajas de valor que habian juntado la primera vez que estuvieron en Méjico y que se vieron precisados á abandonar por huir del peligro en que se hallaban á mas de esto, los grandes tesoros que les constaba tenia Mochtezuma. Quauhtemoc, deseoso de obedecer al conquistador, hizo partir condiligencia varios mensajeros, que después de tiempo, cargados de piedras preciosas, oro y plata, volvieron; pero aquel cúmulo de riquezas le pareció tan poco á Cortés, que dijo públicamente, que aquello ni equivalía á lo perdido, ni menos podia ser el tesoro de Mochtezuma; y así resueltamente mandó que se le hiciese traer (3). Quauhtemoc entonces le representó que los vecinos de Tlaltelolco durante el sitio de la ciudad habian sacado en sus canoas casi todo lo precioso que se halló, lo que oido por varios caciques de aquel barrio, respondieron que ellos no habian intervenido en la extraccion de los tesoros, que todo habia sido manejado por los tenochas, quienes por las calzadas los habian puesto en salvo. De aqui se suscitó una disputa entre los vecinos de ambos cuarteles, que Cortés interrumpió dejando aquel negocio para mejor ocasion. Entre tanto pasó á informarse de aquellos reyes del modo con que tenían repartidas las provincias de su gobierno, y para terminar aquella junta con alguna cosa plausible y ganarse á los mejicanos, hizo á Quauhtemoc señor de aquella parte de la ciudad, que llamaban Tenochtitlan y de Tlaltelolco á *Ahuellitoc*; pero este no quiso recibir aquel favor sino obligado de mandamiento de su rey Quauhtemoc.

5. Acabada esta junta, dió orden Cortés de que los vecinos de Méjico salieran de la ciudad, lo que se eje-

(1) Torquemada, p. 1, lib. 4, cap. 102.

(2) Hoy barrio de la Concepcion.

(3) Este pasaje está referido á maravilla en el P. Sahagún; véase la petulancia, la codicia y el orgullo de Cortés, como si se tuviera presente: es inimitable en su línea.

cutó en los tres dias siguientes, con gran lástima de los españoles, testigos de este espectáculo, al ver las caras macilentas de los hombres, mujeres y niños, que parecian esqueletos por la gran constancia con que habian sufrido el hambre, y el hedor pestífero de los cuerpos muertos que yacian insepultos (1), cuyo número fué tan excesivo, que Torquemada, fiado en buenas memorias, asegura que á manos de los españoles y confederados, perecieron mas de cien mil mejicanos, fuera de los muchos que mató el hambre; por lo cual enterrados aquellos cadáveres, se encendieron por toda la ciudad luminarias, que purificando el aire la hicieran habitable. Cortés, entre tanto, no omitió diligencia por descubrir los tesoros de los mejicanos; pero estos, siempre constantes en la máxima de no revelarlos, frustraban sus pesquisas. No obstante, habiendo llegado á sus noticias por la voz comun de los adivinos que del Oriente vendrian naciones que los sojuzgarian, habian los mejicanos *zampuzado* (2) en la laguna de Méjico las piedras preciosas y alhajas de oro y plata, hizo Cortés venir los buzos mas diestros que se hallaron; pero sus diligencias fueron vanas, porque fué tan poco lo que se sacó, que ni menos se compensaron los gastos. Visto esto por Cortés, pasó á destruir los sepulcros de los caciques, que se veian en varias partes, sabedor de que los mejicanos enterraban á sus muertos con lo mas precioso que poseian, y una piedra preciosa en la boca. De estos es verdad que se sacaron alhajas de valor, y algun oro; pero no por eso se embotaron ni en Cortés ni en los demás españoles los deseos de adquirir los tesoros de aquella nacion; antes bien se aguzaron de tal manera, que se amotinaron los soldados pidiendo su parte, que decian haber ocultado Cortés de inteligencia con el tesoro del ejército. Agregábase á esto, que el mismo tesoro *Alderete* amenazaba á Cortés con el emperador, por haber escondido las riquezas que secretamente habia recibido de los mejicanos. Ni le valió á Cortés el protestar que era falso cuanto se decía, ni menos que no queria hacerse aborrecible de aquella nacion ni atraerse la ira del cielo haciendo nuevas extorsiones. Esto no satisfizo á los soldados, que hicieron que Cortés perdiera la paciencia, y casi desesperado (como él decía), con acuerdo de varios, se determinó á cometer uno de los hechos mas bárbaros en la historia: al valeroso Quauhtemoc, rey de los mejicanos, y á un caballero, ó su confidente ó secretario, mandó dar el tormento de fuego lento, aplicado á las plantas de los pies ungidas; inhumanidad que se usaba en aquellos tiempos (3). Este tormento lo toleraron aquellos dos héroes con tal silencio y constancia de ánimo, que los españoles que asistian quedaron atónitos. El caballero, después de tiempo volvió la cara á Quauhtemoc; pero este, pareciéndole que aquella demostracion era efecto de delicadeza, le dijo: *Hombre muelle y de poco corazon, ¿estoy yo acaso en algun delito?* (4) Poco después expiró aquel, y Cortés, casi avergonzado de su inhumanidad, mandó con despecho á aquellos ministros que dejaran de atormentar á Quauhtemoc, y de allí en adelante echaba siempre la culpa de esto á Alderete.

6. (5) Se admirará quien viera á Cortés acompañado de Quauhtemoc, después de convalecido de los tormentos, ora marchar á caballo, ora á pié (6), y creería que el motivo de esto era dar alguna satisfaccion al rey de Méjico de la injuria que le acababa de

(1) Torquemada, p. 1, lib. 4, cap. 103.

(2) Es decir, melido de golpe en el agua. Es voz castellana, aunque no de uso comun.

(3) Torquemada, p. 1, lib. 4, cap. 105.

(4) Gomara, Crónica de N. E., cap. 143.

(5) Torquemada, p. 1, lib. 4, cap. 104.

(6) Andaba poco á pié, pues quedó estropeado para siempre.

hacer; pero Torquemada, muy versado en las historias mejicanas, juzga que estas demostraciones nacian en el conquistador del propio interés; porque los Mejicanos, venerando á su rey como á padre comun, le tributaban sus respetos siempre que pasaba delante de ellos, y de este honor que le hacian se creía Cortés participar (1). Entre tanto repartió este los despojos de los mejicanos á los indios confederados, que eran hasta *veinte mil* (2), á quienes tocaron muchos vestidos de algodon y medidas de sal. Para el rey se apartó el quinto, con muchos esclavos de ambos sexos (3), que fueron marcados con el hierro real, costumbre que aun dura en las islas de América con los negros bozales; tambien se le destinaron las joyas mas exquisitas y piedras preciosas: entre estas habia una esmeralda de la grandeza de la palma de la mano, las perlas del mas bello oriente, las pinturas de pluma, en que aquellas naciones eran singulares, los tejidos mas finos de algodon y pelo de conejo, las vestiduras de los sacerdotes, y en una palabra, lo mas precioso y raro que la naturaleza y el arte producian: á esto se agregaron dos mil cuatrocientos marcos de oro en tejos. Pero todas estas preciosidades tuvieron la desgracia de ser embarcadas en un navio que fué apresado del corsario francés Florin, ó como sospecha nuestro Fabrega, del famoso Verazano, que por haber nacido en Florencia llamaban Florin, ó Florentin. Pasó Hernán Cortés el resto de año en recibir las embajadas de los principes comarcanos, que fácilmente se le sujetaban, y en ordenar sus conquistas.

Año de 1522. 7. (4) Desembarazado de estos negocios, pasó á habitar á Coyohuacán, ciudad vecina (ya entonces corria el año 1522); y para el gobierno civil de Méjico, juntos los conquistadores, nombraron alcaldes y regidores de los mas beneméritos de entre ellos. Los nombres de estos se ignoran por haber perecido en el incendio del año 1692 el primer libro capitular de aquella ciudad, con muchos del siguiente siglo. Entre sus soldados repartió Cortés aquellas tierras, señalándoles porcion de indios que las labraran. Estas concesiones, que llamaban *repartimientos*, se inventaron en las islas, así por premio de los conquistadores, como tambien para darles á los pueblos *protectores* que los defendieran de las vejaciones de los soldados, y tuvieran cuidado de que se les enseñara la ley de Jesucristo; pero después, por vicio de los hombres, degeneró en tiranía. La distribucion que Cortés habia hecho de aquellas tierras, le acarrió graves pesadumbres, principalmente de aquellos que viéndose pospuestos á otros menos dignos, ó al menos iguales, tuvieron á mal el olvido de sus servicios: de aqui tambien nacieron discordias, que pusieron el reino de Méjico á riesgo de perderse. Ordenado de este modo el gobierno de la capital y de las provincias vecinas, Cortés dió parte al emperador Carlos V de todo lo acaecido antes y después de la conquista, pidiéndole por premio de sus trabajos y del de sus soldados, que aquellos reinos, que tenia por los mas felices y ricos del mundo, conservaran el nombre de *Nueva-España*, con que ya la nombraban (5), sin permitir que en algun tiempo se enajenaran de la corona de Castilla: que aprobara el nombramiento que habian hecho de oficiales de policia sus soldados, y los repartimientos que les habia dado: que enviara á aquellas partes persona de confianza que lo cerciorara de cuanto escribia; por último, que remitiese obispos y

(1) Torquemada, p. 1, lib. 4, cap. 103.

(2) Gomara, Historia corregio venetizis, 1564, pág.

216.

(3) Eran muchísimos mas; pasaba este número en solo los tlaxcaltecas.

(4) Herrera, décad. 3, lib. 3, cap. 1.

(5) Solís, Hist. de la N. E., lib. 1, cap. 5.

sacerdotes que convirtiesen á la fe aquellos innumerables pueblos; tambien labradores con ganados, plantas y semillas, no permitiendo que pasaran á aquellas tierras letrados, médicos ni tornadizos. En el pliego del general, incluyó el ayuntamiento de Méjico carta al emperador, engrandeciendo las acciones del conquistador. Para llevar estos pliegos y el quinto del botín, se nombraron por procuradores á *Alfonso Dávila* y *Antonio Quiñones*: con ellos se embarcaron tambien *Juan de Rivera* y *Diego de Ordaz*.

8. Mientras que estos procuradores navegaban en demanda de España, Cortés con sus soldados, movido de religion como otras veces habia hecho, declaró la guerra á los ídolos de los mejicanos (1), y con este pretexto aquellos hombres ignorantes destruyeron á sangre y fuego todo lo que juzgaban tenia alguna relacion á las supersticiones de aquellas naciones. Entoncez los códices mejicanos, apreciables así por las materias de que trataban, como tambien por la lindaza y colores con que estaban pintados, fueron pábulo del fuego, y si algunos individuos de aquellas naciones, amantes de sus ritos, historias y ciencias, no hubieran ocultado algunos, á riesgo de perder quizá la vida, careceriamos de estos monumentos; pérdida que los literatos lloran, por el detrimento que aquellos conquistadores con celo de piedad causaron á las artes y ciencias, particularmente á la historia natural y astronomía, en que se señalaron los mejicanos. Se admiran al presente dos de estos que por fortuna escaparon á las pesquisas de los españoles, que pintados en pieles de ciervos bien adobadas y unidas con toda exactitud, están plegadas en forma de piezas de paño, y se conservan en Roma en las bibliotecas *Vaticana* y *Borghiana*. En explicar este último ha trabajado estos años nuestro criollo *don José Fabrega*, el mas inteligente que la Europa tenia en este género de ciencia, y cuya temprana muerte aun lloramos. Dov este testimonio á la posteridad, de un amigo á quien soy deudor de muchas noticias que me han servido en esta obra. Pero volvamos á la historia.

9. La extension de las conquistas de Cortés le hacian crecer sus ocupaciones, y no pudiendo adelantar aquellas como deseaba por falta de pólvora, notablemente se angustiaba. Conocia muy bien que sin ella, así como no hubiera podido sufiar á los mejicanos, tampoco podría conservarlos en la obediencia: por esto practicó todas las diligencias que le sugeria su necesidad para hallar azufre; pero todas fueron vanas, porque los sujetos que envió por las provincias vecinas con esta comision, ó eran poco inteligentes, ó los mejicanos, que conocian muy bien aquel mineral, maliciosamente se lo ocultaron (2). Dudoso Cortés del partido que tomaria, oportunamente le vino á la memoria que cuatro años antes *Ordaz* habia subido á la cima del volcan de Popocatepetl, que queda al Oriente, doce leguas de Méjico, y habia percibido el hedor del azufre, y de esto coligió que de sus entrañas se podría sacar. Para este fin llamó á si dos intrépidos soldados que se nombraban *Montaño* y *Mesa*, á cuyo cuidado puso aquel negocio, y para hacer mas pública esta empresa ó instilar en los mejicanos un alto concepto del arrojo de los españoles, hizo que les acompañaran cuatro mil indios. A la madrugada comenzaron á subir aquel monte, y al anochecer aun no habian llegado á su cumbre, porque estando este volcan muy descollado y cubierto de nieve por las otras partes, solamente por el Sur fué accesible. Por allí, pasadas vistosas arboledas á gatas, afianzando con clavos las manos, poco á poco caminaban al término, no sin gran peligro, pues que un soldado por un resbalon cayó ocho estados, y á no haberse atajado entre los carbános duros como acero, se hubiera despe-

(1) *Torquemada*, p. 1, lib. 3, cap. 6.

(2) *Herrera*, *décad.* 3, lib. 3, cap. 2.

ñado. A otros menos animosos hubieran aterrado los continuos precipicios que hacian desvanecer las cabezas y el ruido que causaban las nieves derretidas; pero estos intrépidos soldados marcharon hasta que les comenzó á faltar la luz (1). Para reposar algun tanto de la fatiga del día, y librarse del frio que les picaba, formaron cuevas en que se guarecieron; pero el hedor del azufre, que mas y mas se intensaba, y el humo que por los poros de la tierra salia, los obligó á pasar la noche insomnes. Luego que rayó el alba, siguieron su camino: llegados á la boca del volcan, nació una disputa entre *Montaño* y *Mesa*, sobre quien habia de ser el primero en bajar: la suerte dió la preferencia á *Montaño*, que atado á una guindaleta, y ceñido de un costal, con las herramientas necesarias desguindóse á trece estados, y sacó el costal cuasi lleno de fino azufre: esto, repetido por siete veces, le dió poco mas de ocho arrobas. Otro español, que segun *Morillo*, se llamaba *Larios*, en seis veces que bajó, extrajo un quintal. Alegres los españoles, por camino menos fragoso, volvieron á Coyohuacan. Entre tanto los mejicanos con estupor habian dado cuenta á Cortés del feliz suceso de este viaje: este, reconocido á tan relevante servicio, los salió á recibir, y prometió premiar.

10. Proveido ya Cortés de pólvora y asegurado el reino de Méjico, trató de tomar conocimiento de los reinos de la tierra adentro. A este fin envió por embajadores á *Sandoval* y á *Olid*, con varios mejicanos, al rey de Michoacan, convidándolo con su amistad, y haciéndole saber que las armas españolas habian conquistado á Méjico, émulo antiguo de su reino. Aquel rey, incontinenti, determinó ir á hacer una visita al conquistador, y ponerse bajo de su proteccion (2); pero sus consejeros, temerosos de su vida, le disuadieron

(1) *En estos últimos tiempos se ha celebrado en los periódicos con expresiones de mucho elogio, el reconocimiento que algunos extranjeros han hecho de este volcan de Popocatepetl: pero es menester hacer justicia y confesar que tanta gloria estaba reservada á los castellanos puestos en el duro conflicto de practicar esta operacion, porque en ella les iba la vida, careciendo de pólvora con que defenderse en un país recién conquistado, poblado de enemigos, y que acechaban el momento de una justa venganza. En esta sazon puede decirse que lucharon á brazo partido con la ruda naturaleza y con la muerte. La imaginacion se aturde al contemplarlos pendientes de unas cuerdas, reconociendo la boca del crater sobre un abismo, expuestos á morir con las exhalaciones fétidas del azufre, ó con una erupcion repentina que podría hacerse; pues que en aquellos tiempos, aunque periódicamente, ardia el volcan, como dice Cortés á Carlos V. en sus cartas, lo que motivó que mandase reconocer dicho volcan á Diego de Ordaz. No menos admira el valor de aquellos hombres que rifaron su vida por acometer tan grande empresa, sin tener testigos de su gloria. Tambien el P. Sahagun, siendo un pobre fraile franciscano, reconoció este volcan, como lo asegura con su general candor en el tom. 3 de su historia, é hizo lo mismo con la Sierra nevada y volcan de Toluca, de cuyo manantial, que está en la cima, da perfecta idea. Paguemos, pues, á fuer de hombres honrados, un justo tributo de admiracion al valor castellano, como lo hicieron los indios, cuyo hecho les causó una impresion profunda. El P. Cavo, en comprobacion de este suceso, cita á Morillo en el libro nueve de su Geografía, cap. 2, á Solís, Hist. de Méjico, lib. 3 cap. 4, á Gomara, Crón. de esta Nueva-España, cap. 147; y yo cito por todos al Antonio Herrera, el historiador mas sincero y crítico que conocemos, y de cuyas relaciones no puede despreciarse ni un tilde, ni una coma, pues como él dice, escribió como hombre que debe responder á Dios de lo que escribe.—B.*

(2) *Gomara*, *Crón. de N. E.*, cap. 141.

aquel viaje, y le aconsejaron enviar aquel cumplido á su hermano *Vehichilze*, que juntamente se informaría de lo que los embajadores habian referido. En efecto, así lo hizo, y esta embajada del hermano del rey de Michoacan, de quien los españoles avisaban que era su mortal enemigo, entre otras de otros príncipes, fué muy pomposa, como correspondia á la dignidad del segundo rey de aquel Nuevo-Mundo. El cortejo era de mil personas, y los presentes eran preciosos: consistian estos en joyas, vasos de oro y plata, finisimos tejidos de pluma y algodón (1). Luego que Cortés supo que á él se encaminaba *Vehichilze*, envió á su recibimiento. Llegado á su presencia, le habló en estos términos: "Gran tiempo hace que yo deseaba abocarme con el rey de Michoacan; y ya que esto no he conseguido, á lo menos tengo la satisfaccion de ver á su hermano; pues á uno y otro estimo, por el valor que siempre han mostrado en las guerras que han tenido." *Vehichilze* confuso de este razonamiento, le respondió con sencillez: "Recibe estos agasajos que mi hermano te envia: á lo que dices de nuestro valor en las guerras con los mejicanos, todo desaparece en tu presencia. Algunos negocios que como sabes muy bien, siempre embarazan á los reyes, han sido la causa de que mi hermano no haya venido en persona á saludarte; pero no dudes que luego que yo vuelva se pondrá en camino, y hallará en él, como tambien en mí, un amigo pronto á servirte, y seguramente los tlaxcaltecas no serán en eso superiores á los de Michoacan. Tus embajadores nos han contado cosas admirables de las armas que usais, del nuevo é inaudito modo que teneis en los combates, y finalmente, de las grandes canoas con que habeis vencido á vuestros enemigos: para observar estas maravillas he venido á verte." Cortés, que nada deseaba tanto quanto instilar (2) en los ánimos de aquellas naciones un alto concepto de los españoles; prometió satisfacerlo después que hubiera reposado. Efectivamente, al día siguiente escuadrada la tropa, se hicieron varios fingidos ataques; acabados estos, Cortés en una canoa ricamente entapizada, llevó á *Vehichilze* y á los nobles de Michoacan á Méjico. Este es uno de los palacios de *Moztheuzoma* (les decia), allí está el gran temolo de *Huitzilopuctli*: estas ruinas son del grande edificio de *Quauhtemoc* (3), aquellos de la gran plaza del mercado. Conmovido *Vehichilze* de este espectáculo, se le saltaron las lágrimas, ó fuese de gusto de ver destruida una ciudad que aspiraba á dar la ley á todo aquel continente, ó mas bien por el conocimiento de la vicisitud de las cosas humanas y temor de que al reino de su hermano no sucediera otro tanto (4). Gomara hablando de este caso, dice: que *Vehichilze* no hizo aquellos regalos á Cortés, sino su hermano á los embajadores; pero es verisimil: que uno y otro los harian por ser costumbre entre aquellas naciones no tratar negocio alguno sin que precedieran las dádivas.

11. El mismo autor refiere que solamente cuatro dias se detuvo *Vehichilze* en Coyohuacan, y que con toda diligencia volvió á Tzinzonza, donde estaba entonces la corte de aquel reino, á contar á su hermano las buenas disposiciones con que dejaba á Cortés para conservarlo en el dominio de los embajadores, pues él mismo era testigo de todo. Enterado de esto el rey Tanguasan, por sobrenombre *Bimbicha*, dió orden de que se dispusiera lo necesario para comparecer delante de Cortés con aquella pompa que corres-

(1) *Herrera*, *déc.* 3, lib. 3, cap. 8.

(2) O echar poco á poco como gotas de licor en una redoma.

(3) Et campos ubi Troja fuit... ¡Qué reseña tan dolorosa!...

(4) *Gomara*, *Erón. de N. E.*, cap. 147.

pondia á un poderoso rey. Lo acompañó en aquel viaje la nobleza de su reino ricamente vestida, y con inmenso tren partió de su capital. Todos los dias que duró aquel camino se le despachaba correo á Cortés avisándole del paraje en que hacia noche (1). Este, con lo mas lucido de su tropa, salió á recibirlo, llevando consigo la música militar, porque sabia que Tanguasan marchaba con la de su casa. Al encontrarse, sonaron los instrumentos, y alternativamente los músicos españoles y tarascos dieron muestras de su habilidad. Tanguasan, como si hablara de solo á solo con Cortés, se le humilló en aquella primera visita tanto, que pareció poco digno de la majestad de un rey, y por uno de sus intérpretes habló de esta manera: "Muy valiente y esforzado caballero, capitán de soldados valerosos, enviado por el mayor rey, suplicote perdones mi tardanza en no haber venido á verte cuando te lo prometí, porque muchas veces (como te habrá tambien sucedido) los que gobiernan piensan una cosa y hacen otra. Yo vengo á servirte y á declararme por vasallo del rey de Castilla como tú, y así puedes mandarme cuanto sea del servicio de tan gran señor; y porque de lo que ofrezco han de ser testimonio las obras, recibirás ciertos presentes de joyas, oro y plata, con otras cosas preciosas que hay en mi reino, para que entiendas que quien te ofrece su persona está pronto á servirte con su hacienda." Cortés respondió que no se maravillaba de que no hubiese podido ir antes á verlo, que quedaba enteramente satisfecho, y que de aquel asunto no tratara mas, que le hesaba las manos, y que el rey su señor le haria grandes mercedes (2); que entretanto con la comunicacion de los españoles se desengañarian de los errores en que estaba. En estas conversaciones llegaron á Coyohuacan, donde el rey fué hospedado y festejado con toda magnificencia: se procuró desengañarlo de lo que los mejicanos habian divulgado contra los españoles, y antes de partir le hizo Cortés muchos regalos, que parecieron á Tanguasan y á sus cortesanos de gran valor. En cambio de estas demostraciones prometió favorecer á los españoles que irian á su reino, como lo cumplió. Los mejicanos por el antiguo rencor de ambas naciones, aborrecian á este rey de los tarascos, y cuando lo vieron pasearse por Méjico en traje ordinario y á sus cortesanos ricamente vestidos, le llamaron por apodo *Catzonzi*, que significa abarca vieja (ó zapato viejo), y con este sobrenombre fué después conocido de españoles y mejicanos.

12. En el entretanto que esto sucedia, Cortés ideaba grandes cosas, y así envió *Olid* á la conquista de Ihuera y Orozco á la de Oajaca, y conociendo

(1) *Herrera*, *décad.* 3, lib. 3, cap. 8. No se hacia mas en la etiqueta de un soberano de Europa.—EE.

(2) La gran merced que este buen rey y cándido hombre recibió, como después veremos, fué, que habiendo venido poco tiempo después Nuño de Guzman y emprendido la conquista innecesaria de Michoacan, porque ya estaba sometido á España, al pasar por sus Estados le robó cuanto oro tenia y crecida porción de plata, hasta dejarlo sin una onza de este metal; pidióle mas y mas, y no teniendo qué darle, le calumnió suponiendo que conspiraba contra los españoles, y le hizo dar tormentos de diferentes especies y quemó vivo. Poco antes de morir este mathadado rey, llamó á uno de sus confidentes y le suplicó que quemase su cuerpo, y recogiendo sus cenizas en un saco las llevase por todo su reino y las enseñase á sus vasallos diciéndoles... He aquí la recompensa que dan los españoles á los que les sirven bien y que deben esperar todos los que como yo se sometieren á su voluntad. Tal fué el testamento que otorgó el último rey de Michoacan. Justo es el cielo, y tarde ó temprano venga injurias de esta especie. ¡Opresores! aprended esta leccion y recordadla cuando traéis de oprimir á vuestros iguales.